

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA
Y VETERINARIA

Francisco Antonio Candiotti y Zeballos

PRIMER GOBERNADOR INDEPENDIENTE
DE SANTA FE



Su actuación durante el Virreinato del Rio de la Plata y la Independencia Nacional

CONFERENCIA DEL ACADEMICO DE NUMERO

Dr. Agustin N. Candiotti

Sesión Pública del 9 de Setiembre de 1960



B U E N O S A I R E S

Arenales 1678

1 9 6 0

ACADEMIA NACIONAL DE AGRONOMIA Y VETERINARIA

Buenos Aires — Arenales 1678.



MESA DIRECTIVA

Presidente Ing. Agr. José María Bustillo.
Vicepresidente Dr. Daniel Inchausti.
Secretario de Actas e interino de la Secretaría General Dr. Antonio Pires.
Tesorero Ing. Agr. Saturnino Zemborain.



ACADEMICOS DE NUMERO

Dr. Anchorena, Joaquín S. de
Dr. Arena, Andrés R.
Ing. Agr. Brunini, Vicente C.
Ing. Agr. Bustillo, José María
Dr. Candioti, Agustín N.
Dr. Cárcano, Miguel Angel.
Ing. Agr. Casares, Miguel F.
Dr. Eckell, Osvaldo A.
Ing. Agr. Foulon, Luis A.
Dr. Inchausti, Daniel.
Dr. Newton, Oscar M.
Ing. Agr. Parodi, Lorenzo R.
Dr. Pires, Antonio.
Dr. Quiroga, Santiago S.
Dr. Rosenbusch, Francisco.
Dr. Schang, Pedro J.
Dr. Serres, José Rafael.
Dr. Solanet, Emilio.
Ing. Agr. Zemborain, Saturnino.

DISCURSO DE PRESENTACION
POR EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA ACADEMIA
ING. AGR. JOSE MARIA BUSTILLO



El culto de la tradición debidamente interpretada, es un estímulo a la acción constructiva. Las instituciones culturales deben rememorar a los hombres, que en épocas pretéritas, demostraron con su acción, bien orientada, que fueron precursores del progreso. La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, ha tratado en el Sesquicentenario de la Independencia Argentina, de hacer algunas evocaciones históricas. Hoy le toca al Académico Dr. Agustín N. Candiotti cumplir esta misión. Lo hace caballerescamente al requerimiento que le hicimos, de rememorar la vida de un personaje, frecuentemente mencionado por cronistas historiadores, como arquetipo de argentinismo, dotado de sagacidad y valor para imponerse con prestancia, en un ambiente agreste y barbaramente hostil. Me refiero a Don Francisco Antonio Candiotti; Príncipe de los Gauchos, como lo llamaron esos magníficos narradores que fueron los hermanos Robertson, originarios de Escocia, país de bellezas naturales y de leyendas emotivas. En su larga recorrida por América del Sud, no habían visto nunca, un caballo más lindo, mejor enjaezado, con su lujoso apero criollo. Su jinete, gallardo, de greca fisonomía, con prendas personales de elegancia varonil. En sus bien calzadas botas de potro, brillaban las espuelas. Su vestimenta, gaucha de irreprochable originalidad, sombrero de alas anchas, reparo del sol y de la lluvia. Así lo vieron, esa tarde, acercarse al alero de Aldao, que miraba al campo y participar sin desmontarse de la tertulia, encender su cigarro con la chispa de un yesquero, en que relumbraba el oro y la plata. No disponía de mucho tiempo. Iba a emprender su periódico viaje al Perú, llevando ganado de las pampas argentinas. La disciplina de su organización estaba basada en horaria exactitud. Perdonaba las borracheras, las insubordinaciones temperamentales, y hasta

los pequeños hurtos, pero no perdonaba a quien encontraba dormido cuando debía estar despierto. Era el último en acostarse y el primero en levantarse. Muchos creían que nunca dormía. Propietario de centenares de leguas y miles de cabezas de ganado en sus campos de Santa Fe y Entre Ríos, en donde al iniciar su caravana, cruzaba a nado con su tropa el río Paraná.

Claro está que este aspecto romántico, no es el que debe interesar a una Academia científica, sino principalmente hacer resaltar que fue un organizador y seleccionador en la ganadería, que abrió las puertas al comercio exterior, buscando las codiciadas divisas metálicas. No seguiré más adelante. Me concreto a mostrar por una hendidura, un personaje tradicional, que nada tiene que envidiar a esos pioneros norteamericanos, que no sólo fueron héroes de episodios novelescos y cinematográficos, sino que civilizaron, creando riquezas. De esos rudos trabajadores del campo, surgieron hombres de ciencia, de empresas productoras y aun estadistas como Lincoln; el rústico leñador, considerado como el ídolo de una democracia virtuosa y pura, en donde se triunfa con el esfuerzo útil.

Pensando así hemos confiado el tema al Dr. Agustín Candiotti, distinguido académico, destacado universitario, formado al lado del Dr. Joaquín V. González, con una carrera profesional recta, digna y honrosa.

Respetuoso de la buena tradición, es además un descendiente del Príncipe de los Gauchos, que con buena documentación nos hará conocer, sin alardes retóricos una vida campesina históricamente interesante.

Esta presentación es una simple formalidad. El Dr. Agustín N. Candiotti no lo necesita, bastará decirle: Dr. Candiotti, ocupad la tribuna, lo vamos a escuchar para aprender.

PALABRAS DEL CONFERENCISTA DR. AGUSTIN N. CANDIOTI



Señor Presidente de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria:

Vuestras elogiosas palabras de presentación ante este distinguido auditorio que ha de dispensarme, seguramente, benévola atención, constituyen un cálido estímulo a mis modestos méritos, y las agradezco porque las sé inspiradas por un alto y sincero sentimiento de hidalguía y de amistad para el colega del diario bregar de nuestra Academia.

Esos honrosos juicios, además, me facilitarán la delicada tarea de desarrollar el tema de esta conferencia, llamado a destacar con justicia la actuación de uno de nuestros esclarecidos patricios provincianos que desde los albores de nuestra emancipación, consagrara su vida a la noble causa del progreso y del afianzamiento de la libertad y de la democracia. Muchas gracias.

FRANCISCO ANTONIO CANDIOTI Y ZEBALLOS – 1743-1815
PRIMER GOBERNADOR INDEPENDIENTE DE SANTA FE
SU ACTUACION DURANTE EL VIRREINATO DEL RIO DE LA
PLATA Y LA INDEPENDENCIA NACIONAL



ADVERTENCIA: MOTIVO DE ESTA DISERTACION

Señores Académicos. Señoras: Señores:

La Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria no podía permanecer indiferente ante los festejos conmemorativos del más grandioso acontecimiento de nuestra historia patria, al cumplirse 150 años del pronunciamiento por la libertad e independencia de la Nación Argentina. A tal efecto y en adhesión a ello, ha resuelto realizar un ciclo de conferencias relativas, en particular, a la evolución agropecuaria, social política y cultural de la Nación Argentina; destacando de la penumbra en que se mantienen, a muchos de nuestros patricios, principalmente provincianos, que antes, durante, y después de nuestra emancipación política, fueron verdaderos precursores del progreso Agrario Argentino, ofreciendo su vida e intereses en holocausto de la patria, llevando de tal manera a cabo, con perseverancia y patriotismo, una obra de gran aliento para la economía nacional y la misma civilización, por su acción comercial, social, política y cultural a través de nuestro extenso territorio.

Con este criterio, la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria ha dispuesto señalar de entre ese grupo de pioneros, a don Francisco Antonio Candiotti, propulsor, que consagró su vida entera al bien del país.

Iniciado ya este ciclo, con el brillante panegírico de Juan Hipólito Vieytes, por el periodista y escritor Federico Oberti, se me ha designado para continuarlo, disertando sobre la vida y actuación de Francisco Antonio Candiotti y al afrontar este serio compromiso, trataré, con el mayor empeño, de no incurrir en parcialidad alguna, ciñendo estrictamente mi exposición a hechos documentados y sin entrar en mayores comentarios que dejo a cargo de mis oyentes.

Considerándome muy honrado y obligado a tan elevada responsabilidad, pondré en ello mi esfuerzo y escasas luces literarias, con el propósito de descorrer el velo que cubre la vida de ese esclarecido patricio, que se jugó entero por la prosperidad del país; con la sola esperanza de mi parte, de dejar con mi narración, alguna secuela que pueda servir de ejemplo a nuestras generaciones actuales y venideras.

En la época, año 1740, en que nos trasladamos a la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, fundada por Juan de Garay en Cayasta en 1573, destruída en 1652 por los indios y fundada nuevamente por el Capitán Alonso Fernández Montiel en 1653 a 16 leguas al Sud de Cayasta, donde hoy se encuentra, la vida en ella era insegura por la continua lucha con los indios que desolaban la región, no permitiendo consolidar su situación hasta 1660 en que se concertó la paz con los indios Calchaquíes.

Juan de Garay eligió ese paraje para su fundación, porque en su viaje de Asunción aguas abajo del Paraná, consideró que era un sitio estratégico, como centro de operaciones comerciales y de fácil comunicación con el Paraguay, Perú y Chile, que se hacía con grandes dificultades, por lo dilatado del espacio abierto que separaba el río Paraná, de la Provincia del Tucumán, poblado únicamente por indios salvajes y rodeado de innumerables peligros propios de esas soledades.

Esto enseña cuán cruenta sería la vida en esos pueblos, máxime cuando sus habitantes tenían que vivir de su propio esfuerzo para su sustento, a fuerza de trabajo, perseverancia y heroísmo, para defender sus propios bienes, que consistían en algo de agricultura y ganadería y el reducido comercio con Buenos Aires, Paraguay y Perú.

Su población en 1740, apenas alcanzaba a 3.000 habitantes, entre Españoles, Criollos, Negros, Mulatos, Pardos y Aborígenes. Sus costum-

bres eran muy sencillas; pues esa comunidad formaba una verdadera hermandad, por su constante defensa contra el malón de indios, la adversidad y el aislamiento respecto de los otros centros poblados.

Esa convivencia solidaria, habría hecho desaparecer toda diferencia de clase heredada de los conquistadores; de donde en Santa Fe se vivió desde un principio una verdadera democracia, con mutuo respeto, conque ese pueblo adquirió una buena educación y gran temple; transmitido por el continuo ejemplo de honestidad, laboriosidad y moralidad de su grupo social más elevado e implantado por su profunda fe religiosa, estimulada por el clero regular y secular, especialmente por los frailes Dominicos y Franciscanos.

Luego el acertado nombramiento de Teniente Gobernador recaído en el ilustre santafesino Don Francisco Javier de Echagüe y Andía, trajo mayor tranquilidad al concertar en 1742 las paces con las tribus indígenas, que se comprometieron a reducirse en los sitios que se les destinó; pacto que fue cumplido al año siguiente de la muerte de Echagüe (1743) por su sucesor Don Francisco de Vera y Mugica y ratificado más tarde por el Teniente de Gobernador Don Prudencio María de Gastañaduy.

En ese año de 1743, Vera y Mugica y Don Antonio Candiotti y Mugica con otros vecinos, recorrieron los pueblos del norte de Santa Fe, donde los indios sometidos al régimen Colonial, confirmaron su propósito de vivir en reducción permanente.

RESEÑA GENEALOGICA DE FRANCISCO ANTONIO CANDIOTTI

El apellido Candiotti tiene su origen en la Isla de Candia y puede significar: un vecino llamado por ello -Candiota-Candioto-Candiotti- etc. o algún natural de Candia que se haya destacado en tiempos pasados; pues en varias ciudades de Italia que dependieron de la República de Venecia, existen calles con el nombre de Candiotti.

El nombre de Creta fue sustituido por el de Candia en el año 1024 (n. e.) al posesionarse de esa isla griega la República Veneciana, que en 1512, todavía la poseía; luego vuelve a denominarse Creta.

En los libros parroquiales de San Marcos y otras iglesias venecianas existen anotaciones de matrimonios y nacimientos de la familia Candiotti, desde el año 1480, comprobado en sus investigaciones por Carlos Aldao, Marcial R. Candiotti, etc. Siendo largo detallar esa genealogía, partiremos de Bernardo Candiotti, quien en el año 1644 se radicó en

Cádiz, donde su hijo Teodoro se casó con Leonor María de Mugica y Rojas.

Este matrimonio con sus seis hijos se trasladó al Perú a mediados de 1715, en la nave mandada por el Conde de la Vega Florida, conjuntamente con el Príncipe de Santo Bueno, Virrey del Perú. Teodoro acompañaba al Príncipe Virrey, en calidad de Mayordomo y Doña Leonor como Camarera Mayor de la Virreina (cargos importantes en las Cortes de ayer y de hoy).

De los hijos de Teodoro, Antonio Esteban iba al Perú en carácter de Par de la Corte del Virrey y Francisco y Rodrigo, de pajes. De éstos, Francisco regresó a Cádiz y se hizo fraile de la Orden de San Agustín, con destacada actuación.

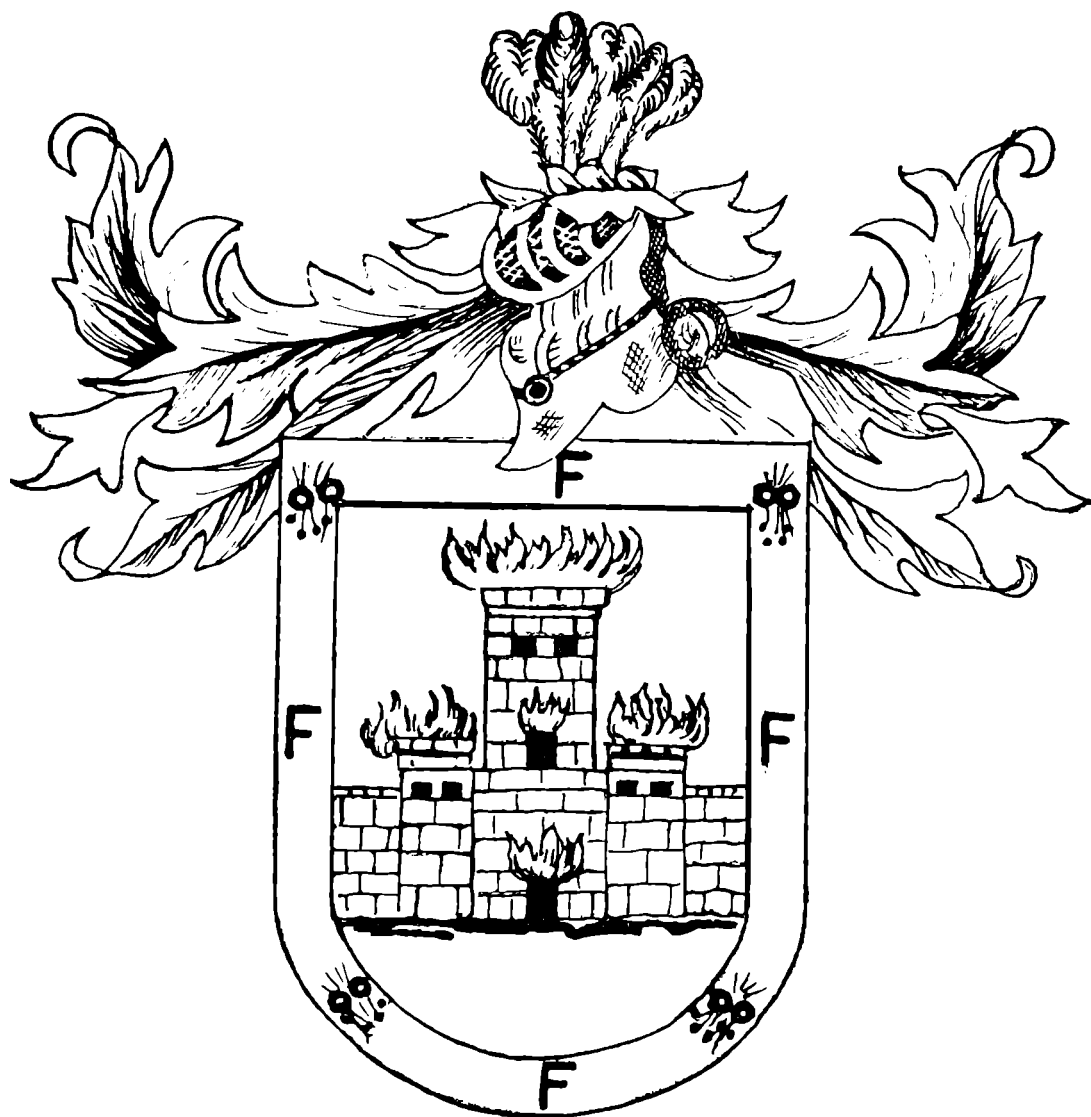
Teodoro Candiotti se desempeñó ante el Virrey con toda honestidad y rectitud, hasta que el Príncipe Santo Bueno fue reemplazado en el Virreinato, el 26 de enero de 1720, por el nuevo Virrey Arzobispo Fray Diego Morcillo Pedro de Auñón; resolviendo entonces quedarse en Lima con su familia, dispuesto a ejercer el comercio y completar la educación de sus hijos.

Pero fue víctima de la inquina del nuevo Virrey y de los enemigos que se había creado por su rectitud en el desempeño de sus cargos; siendo acusado de judaísmo y encarcelado. Murió en las Cárcenes de la Inquisición de Lima, el 17 de mayo de 1726, cuando de la amplia investigación realizada, resultaba limpio de inculpaciones; pero la orden llegó tarde para su liberación.

En consecuencia la Clerecía de Lima, por orden de Madrid, dio sepultura sagrada a Teodoro Candiotti al pie del Altar Mayor de la iglesia del Colegio de Santo Tomás de la Orden de los Predicadores, junto a los restos del fundador de esa iglesia, Don Antonio Correa. Hoy los restos de Teodoro Candiotti, se encuentran en la iglesia convertida en Panteón de los Próceres de Lima desde 1924; habiendo intervenido en esto Alberto M. Candiotti en gestión hecha ante el gobierno peruano, cuando estuvo en Lima.

Esta relación sin jactancia de ninguna especie, se hace sólo para aclarar algunos conceptos erróneos o antojadizos, originados en esa acusación de judaísmo. Antonio y Juan Candiotti, hijos de Teodoro, después de presentar sus genealogías de limpieza de sangre, fueron nombrados Familiares de la Santa Inquisición de Lima, con objeto de honrarlos y hacer desaparecer la memoria del falso proceso actuado contra su padre.

Escudo de Armas de la Familia Candiotti



Armas: Campo verde — Bordadura de oro

F en rojo — Ramos frutados

Fortaleza en llamas — Manchas de sangre

Residieron un tiempo en el Perú dedicados al comercio, según se desprende de una escritura pública otorgada a su favor en el año 1734 en Concepción del Cuzco (copia de escritura en el archivo de Carlos Aldao).

Luego en el año 1740, resolvieron emigrar de Lima hacia el Virreinato del Río de la Plata, instalándose en Santa Fe; donde Antonio contrajo matrimonio con María Andrea de Zeballos el 6 de junio de 1742; resultando de ese enlace tres hijos: Francisco Antonio, Francisco Vicente, y Dolores. De éstos, el primogénito Francisco Antonio nació el 25 de agosto de 1743 y fue bautizado el 11 de febrero de 1744.

Antonio Candiotti y Mugica, que así se firmaba y se titulaba capitán, título otorgado por el Marqués de Castelfuerte en 1738, de quien fue su ayudante, se dedicó en Santa Fe como la mayoría de sus contemporáneos, al comercio; como lo comprueban diversos poderes otorgados por él a varias personas para cobrar en Buenos Aires, Asunción y Perú, deudas contraídas con él en sus negocios.

El 11 de febrero de 1746, fue recibido en Cabildo como Tesorero de la Santa Cruzada, dando fianza de buen gobierno el 14 de noviembre. Ya poseía el título de General otorgado en 1744 por el Rey de España; quien luego le nombra: Gobernador, Justicia Mayor, Lugarteniente de Capitán General y de Alcalde Mayor de Minas y Juez Privativo de bienes de difuntos, de la ciudad de La Serena (Chile) y del puerto de Coquimbo; donde fue recibido el 21 de Agosto de 1752.

Había partido de Santa Fe en compañía de su hijo Francisco Antonio que tenía entonces 9 años de edad, quien continuaría sus estudios en el Perú; quedando el resto de la familia hasta su traslado a La Serena, lo que no pudo realizarse por la muerte de Don Antonio acaecida en el Valle de Limari, el 3 de mayo de 1753; dejando un voluminoso testamento y un largo inventario que se conserva en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile y algunos libros que se citan. El Escudo de Armas concedido a la ciudad de La Serena, por Real Cédula del 5 de Abril de 1552, fue adjudicado a la familia Candiotti en 1754.

Igual que Antonio, su hermano Juan se dedicó al comercio en Santa Fe; luego pasó a Santiago del Estero, según consta de una escritura de obligación por el Maestre de Campo Don José de Aguirre Teniente de Gobernador de Santiago del Estero y Juan Candiotti y Mugica en Santa Fe, quienes reconocen la deuda al Capitán Francisco de Vera. Fuera de esa escritura no se ha hallado ninguna otra referencia; lo que no es de extrañar porque muchos documentos se han perdido de los archivos y de los descendientes; por lo que se considera que más vivió

en Santiago del Estero, hasta que sus descendientes aparecen nuevamente en Santa Fe.

DON FRANCISCO ANTONIO CANDIOTI Y ZEBALLOS, 1743-1815

Nacido en Santa Fe el 25 de agosto de 1743; época de dura lucha para consolidar la situación de la provincia. En ese ambiente tenso por las penurias, sacrificios y perseverancia por la consolidación de la ciudad, nació y fue creciendo este ilustre varón, rodeado del cariño paternal y de la servidumbre de entonces, de quienes sólo podía recibir sabios consejos y ejemplos de bondad que más tarde asimilaría conformando con ello su carácter.

Desde que su edad iba permitiendo comprensión, su mente despertaba con el afán cariñoso de su madre por enseñarle las primeras letras, ayudada por una vieja maestra que muy poco más podía enseñar; tropezando ambas con la rebeldía del alumno, que a medida que adquiría algo de razón, empezaba a perfilar su personalidad con tendencia a su independencia.

A medida de su crecimiento iba acentuando ese carácter, demostrado por su afán de callejear, aprovechando todo momento dejado libre por su educación para escaparse al Campito (ribera del río) donde se divertía solo y horas enteras se quedaba extasiado en la contemplación de los caballos, que bien pronto aprendió a jinetear.

Su padre que descubre en el hijo ese temperamento inquieto sin ser enfermizo, no le desagrada porque lo hereda de él: pero optó con el propósito de fijar en su mente un panorama sombrío para tratar de corregirlo, por describirle los peligros que se corren en una vida aventurera, exagerando sus pasajes que él había sufrido en sus viajes por pampas, montañas, minas, etc. Estos relatos espeluznantes según él, en lugar de atemorizar al chico, lo alentaban por su natural aventurero y cuando el padre lo creía ya conseguido, le pregunta un día: “¿Qué piensas ser cuando grande?” —contestando el niño sin titubear— “Quiero ser baqueano”.

Ya desde los 6 a 7 años, su única preocupación es el caballo que aprende a jinetear perfectamente; por lo cual su madre vivía en un constante sobresalto; porque además soñaba con que su hijo fuera clérigo; lo que hizo exclamar un día a su padre: “Mal papel hará nuestro hijo con la sotana, con dos trabucos debajo de ella y siempre a caballo”. Esa tendencia a la vida libre y aventurera que parece herencia de familia, satisface mucho a su padre, porque su hijo hereda su espíritu andariego y aventurero.

Su madre al ver peligrar su educación, porque el hijo no adelanta

nada en sus estudios, resuelve con su esposo encargar su educación a los Dominicos en la escuela primaria que dirigen. Como ésto tampoco diera resultado deciden enviarlo al Perú a los 9 años de edad, por ser el centro más adelantado de enseñanza. Coincide con esa determinación el viaje que su padre realizará a Chile en 1752, para hacerse cargo de la Gobernación de La Serena y Puerto de Coquimbo; resolviendo entonces llevarlo con él, para que continúe sus estudios en el Perú; partiendo para Chile el 21 de agosto de ese año, dejando su familia en Santa Fe, para trasladarla más tarde a La Serena.

Años después de la muerte de su padre, cuando regresa del Perú en 1762, hecho ya todo un hombre fuerte, de excelente salud, de una constitución a toda prueba y con una cultura más sólida adquirida con sus estudios y la vida social en Perú con parientes y amigos, se hace cargo de inmediato de los comercios y estancias de Santa Fe heredados de su padre; impulsando acertadamente sus negocios con Buenos Aires, las Provincias del Noroeste, la Banda Oriental, Paraguay, etc. como lo demuestra una voluminosa documentación de poderes otorgados a personas amigas, para cobrar lo que se le adeuda en esos diferentes sitios.

Aun cuando su gestión comercial es muy próspera, añora la vida aventurera, soñada con largos viajes; lo que constituye en él una obsesión; pues no hace sino hablar de esos proyectos. Llena en parte esas aspiraciones realizando varios viajes por el Virreinato hasta el Paraguay, conduciendo arreos de mulas cargadas con mercaderías regionales y géneros de Castilla traídos de Buenos Aires, de los que tiene buena reserva en sus tiendas; permitiéndole ésto conocer palmo a palmo el territorio recorrido, ofreciéndole como primer fruto de esos negocios la obtención de ricas tierras, como una estancia en Corrientes (Esquina) bien poblada de ganados de diversas especies; que por no poder atenderla él personalmente, encarga de su explotación a Don Benito Larreta, quien debe correr con los gastos de administración y repartir a medias las ganancias. Compra también otra estancia en el Cululu a orillas del Arroyo.

Ya bien fogueado con estos viajes y recordando siempre la importancia del Perú como plaza comercial, donde había observado una gran demanda de ganado caballar y mular como medio de transporte para esas regiones áridas y montañosas, intensifica la cría de mulas y caballos, con el propósito de realizar su sueño dorado. Con este motivo se ha dedicado más a sus estancias trabajando a la par de sus peones, con el afán de hacerse más gaucho; lo que en corto tiempo consigue hasta superar a sus mejores peones; pues se ha hecho buen jinete, domador como el mejor y sumamente diestro en el manejo del lazo y las bo-

leadoras; adquiriendo de esta manera la rusticidad y resistencia característica del verdadero gaucho.

Se le ve constantemente a caballo hasta en la ciudad. Planea con todo cuidado un viaje al Perú conduciendo un arreo o caravana y un día a fines de mayo de 1764, dejando en la salida norte del pueblo un gran arreo a cargo de 30 ó 40 peones elegidos se presenta en su casa, para comunicar el viaje a su madre y despedirse cariñosamente como acostumbra, ante la sorpresa de la señora que entre sollozos le ruega desistir de viaje tan temerario; pero él le da toda clase de seguridades y se despide con un fuerte abrazo y un "hasta la vuelta" a los que lo rodean.

Monta ágilmente en su caballo, bayo cabos negros, pelo de su preferencia y tranquilamente, aunque en su semblante se ve la pena por la despedida de su madre, se dirige a reunirse con sus arrieros que han quedado rondando la tropa compuesta de más de mil mulas chúcaras, otro gran número de cargueras, varias tropillas de caballos seleccionados, entre las que se cuentan las de su silla, numerosos potros, suficiente ganado para la alimentación y gran cantidad de bueyes para el tiro de las carretas, etc.

Ya en viaje dirigiendo su arreo, se le agregan varios indios amigos que quieren acompañarlo; acepta el ofrecimiento porque puede utilizarlos como baqueanos, rastreadores y lenguaraces. Su recia voluntad y sus bien templados nervios, se imponen al duro trajín soportando sin muestras de cansancio toda clase de molestias, siempre alegre, dicharachero y decidor, con lo que mantiene cierta familiaridad con sus peones; pero, con el respeto debido al patrón que adoran con la franca lealtad del gaucho que sabe valorar esa confianza y la autoridad que sin hacerla sentir directamente la transmite por su bondadoso trato con que mantiene la distancia entre ellos y su joven patrón.

Su admirable salud, su fuerte complexión y la constante preocupación de que todo le salga bien en esta primera intentona, en que debe dormir al raso siempre alerta y prevenido contra los peligros provenientes de la propia naturaleza y de los indios salvajes que los acechan, le ha hecho adquirir tal sensibilidad de sus sentidos, especialmente del oído, que por más dormido que esté, el menor susurro, olor o movimiento extraño, lo despierta; lo que hace creer a su gente que nunca duerme; haciendo de él, el mejor guardián de la caravana.

El duerme bien sin duda, pero como dice el paisano, con un ojo abierto, pues, hasta en la marcha en las noches de luna, para evitar el calor del día en que descansa la hacienda, duerme o dormita sobre su

caballo, lo que es proverbial en el arriero o en el gaucho errante, y como sus caballos son bien amaestrados, en cuanto toman el ritmo de la marcha al paso, lo hacen en tal forma que no molestan a su jinete, por la cadencia que le imprimen.

Cuando se hace ronda de noche, él está dispuesto a cualquier hora para cerciorarse si algo anormal sucede; recorriendo las guardias y comprobando la actividad de las fogatas que se encienden para proteger la hacienda del ataque del tigre o para mantenerla quieta.

Es el último en acostarse y el primero en levantarse a la madrugada. Su cama preparada debajo de un árbol si es posible, para guarecerse del rocío de la noche y de la intemperie, la constituye su espléndido apero bien empilchado, usando como cobijas sus ponchos de vicuña, guanaco o llama, según lo requiera el tiempo que hace.

Esa cualidad, le ha permitido que nunca lo sorprendan dormido; creando en su gente una especie de superstición, que no trata de desvirtuar, porque contribuye a mantener la expectativa y la disciplina de su personal. Toma fama de “hombre que nunca duerme” lo que indudablemente lo halaga. Es hombre considerado con su personal, al que podrá perdonarle una falta, como borrachera, pelea o juego por dinero siempre que respetuosamente se le disculpen; pero, será inexorable con el que se duerma en una guardia o con el ladrón.

Antes de emprender este viaje, ha advertido a su personal, entre jocosos y serio de los peligros que les espera y que ellos bien conocen por haberlo acompañado en otros viajes; por lo que les advierte que será muy riguroso con el que no cumpla al pie de la letra sus órdenes; pues los indios no están todos reducidos y pueden pretender cortarles el paso; pero como van bien montados y armados confía en vencerlos o esquivarlos, y como precaución, elige de entre sus peones, dos de sus mejores rastreadores y baqueanos, que ayudados por los indios mansos y de esas condiciones, los destinara como vanguardia y lenguaraces.

Mantiene durante el camino la alegría de sus peones, contándoles anécdotas gauchescas entremezcladas con leyendas tradicionales creadas por la imaginación y la fantasía popular, tratando de desvirtuarlas explicándoles su origen y si nota en su auditorio signos de incredulidad o temor, los increpa enérgicamente por las muestras de su recelo.

Tiene que proceder así, porque sabemos que el idioma nocturno de la naturaleza es a veces espeluznante y ¿quién no se ha impresionado en el campo y en la soledad de la noche, al sentir lo que el paisano llama “Lagunas o pajonal bramador”? donde se perciben toda clases de voces, como lamentos y gritos horripilantes y otras manifestaciones, que al

que no tiene los nervios bien templados o no está acostumbrado a viajar de noche en el desierto, le hace perder toda energía y coraje.

Con tal método y precauciones sensatas y oportunas disposiciones de hombre práctico y valiente, la caravana sigue tranquilamente su trayectoria, graduando la marcha del ganado para que no sufra mucho; consiguiendo llegar así a destino, con la hacienda en muy buenas condiciones.

La ruta que ha marcado Candiotti hacia el Perú, eligiendo el mejor terreno, con buenos pastos y aguadas, ha quedado definitivamente establecida, arrancando de Santa Fe en dirección a Santiago del Estero, dejando a la izquierda a Córdoba, cruzando Tucumán, Salta y Jujuy, a la Quebrada de Humahuaca, La Quiaca, hasta el Alto Perú y Lima.

Este valeroso aventurero, a manera de los primeros conquistadores, ha soportado con todo estoicismo, los desvelos, peligros e inclemencias, vigilante experto durante las grandes tormentas para que el ganado no se espante y se disperse; cuidando así mismo de que a su personal aunque aguerrido, no le falte nada para su tranquilidad: indumento, alimentación, etc.

En Santa Fe se mantiene gran expectativa por el viaje de Candiotti. Se carece de noticias, por más que él no las transmite sino en casos de excepcional gravedad o urgencia, y cuando esa expectativa y la aflicción de su madre y hermanos llega casi al paroxismo, aparece el viajero una mañana del mes de noviembre de 1764, al frente de todos sus arrieros sin faltarle uno, conduciendo de vuelta su tropa de carretas y de mulas cargueras en las que trae toda clase de mercaderías y 10.000 pesos en oro y plata amonedado.

En su casa, grande fue la sorpresa y mayor la alegría despertada; todo el pueblo puede decirse, al conocer la noticia de su arribo, concurrir en masa a saludarlo regocijándose por la feliz terminación de ese viaje, que tan buen resultado había reportado a él y al país; pues con la nueva ruta establecida por él, la más segura y bien servida por la naturaleza, se facilitaría e intensificaría el comercio con los Virreinos vecinos, como así aconteció.

Con los 10.000 pesos que trae, empieza a realizar sus esperanzas de ser poseedor de grandes extensiones de campo, bien poblado de haciendas, conseguido por su propio esfuerzo e iniciativa; pues la fortuna heredada de sus padres que también ya la había reforzado, no la utilizó para nada en estos viajes comerciales; pues el campo de Corrientes (Esquina) y otro en Alcaraz (Villa Hernandarias) en Entre Ríos, fueron adquiridos por él en sus primeros viajes al Paraguay.

De inmediato con esos 10.000 pesos, compra el campo de Arroyo Hondo en Entre Ríos, donde instala su primera gran estancia de más de treinta leguas cuadradas; poblándola con gran cantidad de ganado de toda especie y donde en pocos años pudo presentar grandes rodeos de esas haciendas, perfectamente administrados y custodiados; por más que los indios siempre respetaron sus campos, pues parece haberse extendido hasta en ellos, la admiración que tenían por él los indios mansos y el paisanaje, afianzada también por sus frecuentes viajes anteriores a las tolderías, en procura de pieles, etc.

El resultado tan halagüeño de este primer esfuerzo de su juventud lo estimula y anima su predilección por esa vida de libertad que lo aleja de la intriga social propia de aldea, haciéndole preferir el trabajo a la par de sus peones, participando y animando sus inocentes tertulias, las carreras de caballos y otras diversiones, principalmente cinegéticas, pero siempre a caballo y sin armas de fuego para la caza de la perdiz grande, ñanduces, patos silvestres, cazados éstos con porongos según la táctica correntina y boleadas de ñanduces (charabones) para aprovechar la pluma y las picanas y alones que asados al rescoldo, deleitan a nuestros paisanos como el mejor manjar.

Es tal el entusiasmo despertado en él por su primer viaje al Perú, que una vez reorganizado su comercio de la ciudad, un tanto descuidado debido a su ausencia, otorga poderes a personas amigas, para cobrar lo que se le adeuda en todo el territorio del Virreinato.

Ya desligado de compromisos, se ocupa con todo empeño y minuciosidad de organizar un nuevo viaje; lo que consigue en muy poco tiempo por su capacidad de hombre previsor y así, año tras año, sigue repitiendo esas hazañas hasta contar más de 17 excursiones hasta el Alto Perú, Lima, Chile, etc. En 1780 en que efectúa su 17º viaje al Perú, sus últimos arreos han sido de más de 6.000 mulas, otro tanto de caballos, 300 ó 400 novillos para la alimentación o venta, una cantidad igual de bueyes para el relevo de tiro de las carretas y una buena tropa de mulas mansas cargueras.

Así continúa con esas caravanas tan numerosas que parecen verdaderos ejércitos en marcha (ruda tarea, en que persiste hasta avanzada edad, en que sus compromisos políticos y sociales, le absorben casi todo el tiempo); en sus estancias, según los hermanos Robertson, Candiotti tiene más de 300.000 caballos y mulas y 250.000 vacunos y lanares; considerándolo como el más fuerte ganadero de las Provincias Unidas del Río de la Plata y el primer exportador de ganado en pie.

En 1780, los viajes al Norte no eran ya tan seguros, muchos santa-

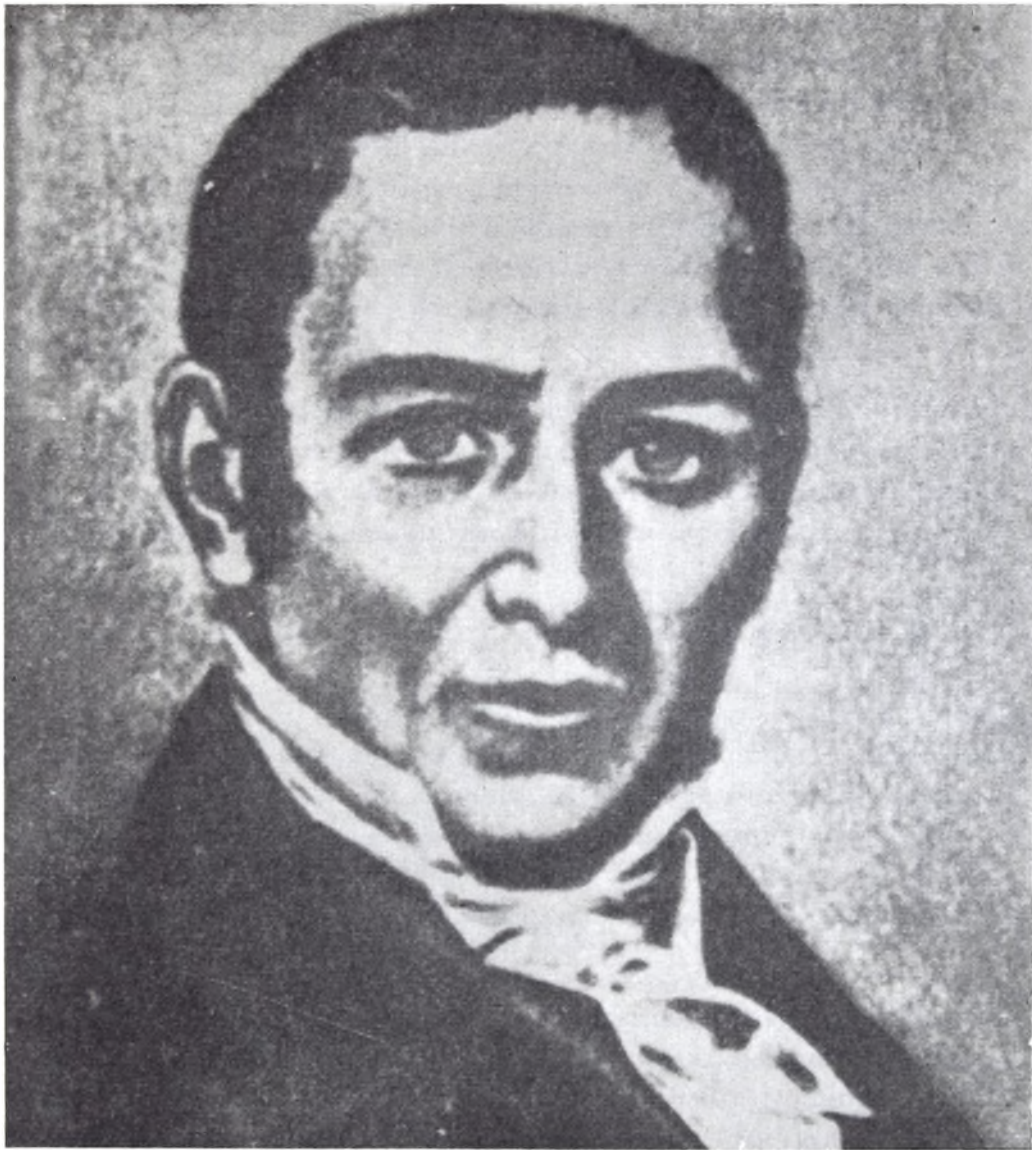
fesinos que se habían dedicado a ellos, imitando el ejemplo de Candiotti, tuvieron que abandonarlos porque los indios, al romper los pactos concertados con el gobierno, se habían sublevado nuevamente y las guarniciones de los fortines eran muy débiles para contenerlos; pero Candiotti no se preocupa, porque tiene confianza en vencerlos si se presentan o esquivarlos si se puede; pues la suerte siempre lo acompañó o bien los indios seguían respetándolo; pues no lo molestaron en ningún momento.

Los 10.000 pesos producto de su primer viaje al Perú, que constituyen ya en esa época una fortuna, los emplea conjuntamente con lo que va adquiriendo en los sucesivos viajes, en la adquisición de campos en Santa Fe y especialmente en Entre Ríos, donde llega a poseer más de 300 leguas cuadradas con la población ganadera citada. Bien es cierto, como dice Cervera, que la tierra como el ganado entonces, se adquiría fácilmente; pues era suficiente declarar la extensión de campo que se desea obtener y la cantidad de ganado con que lo va a poblar; por lo que debía pagar una cantidad mínima por cabeza de ganado; mayor por el vacuno que por el yeguarizo; recibiendo en consecuencia como compensación la propiedad de la tierra que ocupa y como en la Pampa abundan por millares los yeguarizos y vacunos salvajes, sólo era necesario rodearlos y arreándolos, encajonarlos en una ensenada del campo, en que parando rodeo, se procedía a marcarlos como propios, sin que con ello se defraudara a nadie.

Esas grandes extensiones de campo y cantidad de ganado que ha obtenido como producto de los numerosos viajes comerciales llenos de peligros, evidencian la culminación de la tarea que se había impuesto de conquistarlo todo por su propio esfuerzo, sin ayuda ajena de ninguna naturaleza; pues esa vida sencilla al aire libre que mucho le agradaba, la prefirió a la ostentosa de la ciudad; con ella ha llenado sus aspiraciones, sintiendo un gran placer al mostrarse como el más capaz, emprendedor, resuelto y fuerte.

Así transcurre la vida de este ilustre pionero con gran visión del porvenir de su patria, sin que nada consiga arredrarlo para intensificar y facilitar desde el principio, el comercio interno y exterior del país, como también al crear, organizar y propulsar con gran fervor, una de las más sólidas fuentes económicas de la Nación, la ganadería; que en esa época, sólo su férrea voluntad pudo hacer prosperar tan intensamente en las Provincias del Litoral y Norte Argentino, en tan poco espacio de tiempo.

El inglés Juan P. Robertson, en sus cartas descriptivas de viajes efectuados al Paraguay, cuenta "que se albergó en casa de Don Luis Aldao,



Francisco Antonio Candiotti en su juventud

hijo de Doña Dolores Candiotti, hermana de Don Francisco Antonio, a quien iba recomendado, hospedándose en ella durante unas tres semanas que duró su permanencia en Santa Fe, donde no sólo aprovechó del placer de un gran bienestar por la amplia y amable hospitalidad que le brindaron, costumbres de las familias de antaño para con los forasteros que llegaban recomendados, sino que en ese lapso, aprendió bastante bien el habla española, que buena falta le hacía y una tarde, sigue Robertson, en que como habitualmente estábamos después de la siesta en el patio de la casa en animada tertulia, sentí que Don Luis decía: 'ahí viene mi Tío Candiotti' quedando yo, largo rato gratamente sorprendido al verlo entrar gallardamente montado en un soberbio caballo bayo que avanzaba al paso testeariando y coscogeano, como saludando a la concurrencia o demostrando su contento por el jinete que lo montaba. Se detuvo ante nosotros ese apuesto anciano, que con su lujoso pero sencillo atavío, era un verdadero Príncipe de los Gauchos", como lo apodó Robertson.

Los hermanos Robertson dicen en otra de sus cartas, refiriéndose al desarrollo y riquezas de Santa Fe que "ésto llegó de modo tan íntimo con el surgimiento de Candiotti en el mundo, que su tráfico, riqueza y población, fueron paralelos con la fortuna del Patriarca.

ACTUACION SOCIAL Y POLITICA DE CANDIOTTI

Don Francisco Antonio Candiotti, hombre de gran fortuna y fuerte comerciante de Santa Fe, fue siempre de trato afable y acariciador, tanto con el rico como con el pobre, no haciendo diferencia alguna entre uno y otro; era generoso y magnánimo, siempre dispuesto a la ayuda sobre todo del estudiante pobre para continuar sus estudios Universitarios; daba amplias garantías a algunos empleados y otras personas que merecían su confianza.

Era miembro de varias Hermandades y con tal motivo el año 1807, destinó la suma de 200 pesos fuertes anuales, como padrino, para la construcción de las iglesias de Paraná y la de Santo Domingo de Santa Fe y como tradicional recuerdo, dice Cervera: "fue gran benefactor de su pueblo y amante de su terruño, que defendió a todo trance para mantener su autonomía dentro de un cabal federalismo".

En 1781, la campaña de Santa Fe estaba nuevamente en manos de los indios sublevados y en la ciudad la autoridad del Cabildo anulada por divergencia entre sus miembros. Los vecinos reclaman para Alcalde a un hombre enérgico y honesto que ponga coto a esos abusos locales como a los que proceden de Buenos Aires.

En esa disyuntiva, aparece Candiotti de regreso de uno de sus viajes, jinete en un soberbio caballo, vistiendo su sencilla pero lujosa indumentaria gaucha, ciñendo su cintura una faja de seda carmesí, que mantiene su chiripá de fino paño negro y una hermosa daga con empuñadura de plata maciza, calza botas de potro bien sobadas que sujetan relucientes espuelas de plata bruñida; pero lo que más admira el paisanaje, es el apero que trae su caballo, todo adornado con plata primorosamente trabajada; tanto las cabezadas del recado y del freno, como el bozal, cabestro y riendas y los estribos de copa en que se aprecia la habilidad del mejor platero del Perú. Es el verdadero Príncipe de los Gauchos como lo apodaran.

Como siempre entra a la ciudad saludando afablemente a todo el que le sale al paso, rico o pobre y al llegar a la plaza pública el vecindario lo rodea y él siempre a caballo, sin petulancia y sonriente, enciende su cigarrillo con un lujoso yesquero de cuerno pulido con adornos y tapa de plata. El pueblo lo aclama porque sabe que su gran fortuna es el producto de su propio esfuerzo considerándolo como el más honesto, de gran iniciativa y bien intencionado; por lo que le piden que acepte el cargo de Alcalde de Primer Voto.

Recibe la propuesta con reserva y muy serio; pero como le informan del desquicio del Cabildo que ha descuidado totalmente la ciudad y la campaña favoreciendo sólo a sus allegados y copartícipes de los desmanes administrativos, le piden que acepte por ser el único capaz de poner coto a ese desenfreno. Ante tal requerimiento, termina por aceptar ese compromiso, porque también él comprende que algo hay que hacer por la tranquilidad de su pueblo.

No conoce el funcionamiento del Cabildo, sólo sabe que es una institución con amplias atribuciones; pero que en la práctica son muy limitadas porque depende de Buenos Aires; pero el pedido de su pueblo que no puede desatender es para él una orden y acepta su elección como Alcalde de Primer Voto. Pronto se convence que su desempeño es una tarea muy ardua; el pueblo carece de todo, se encuentra abandonado, las pestes como la viruela hacen estragos y la mayoría de las viviendas pobres han sido destruidas y los indios hacen de las suyas en la campaña.

Santa Fe está prácticamente aislada sin protección del gobierno de Buenos Aires, que sólo exige contribuciones de todo género, sin dar nada. Durante todo ese año 1781, lucha desesperadamente por corregir esos males; pero al finalizar su mandato, convencido que muy poco ha podido hacer por la prosperidad de su pueblo, por la falta de ayuda de Buenos Aires, abandona la Alcaldía y se refugia en sus estancias,



EL PRINCIPE DE LOS GAUCHOS

Los hermanos Robertson, mencionan así en sus memorias de 1814 al famoso estanciero Candiotti, vecino influyente y respetado de la provincia de Santa Fe. Recuerdan que fué la figura más distinguida de gaucho vista por ellos en aquellos tiempos, cuyo noble y generoso

espíritu lo hacía querer por todos los comarcanos. Destacan su porte en el vestir y el lujo del emprendado con que enjaezaba a su caballo, el cual era un lustroso y potente colorado, quizás el más hermoso que habían visto en el país,

desde donde reanuda durante varios años sus viajes al Perú, sin preocuparse de los indios alzados y demás peligros.

Santa Fe durante más de una década sigue barranca abajo; su pueblo que es fuerte y bien templado ante la adversidad, se cansa y sólo espera una oportunidad para rebelarse contra las autoridades; porque los Gobernadores se suceden, a cual más desvergonzado e inútil para poner remedio a esa situación.

En 1794, la situación se torna insostenible; lo que obliga al nuevo Teniente de Gobernador Don Prudencio de Gastañaduy, a convocar al vecindario para solicitar su apoyo, porque nada puede esperarse de Buenos Aides. En esa reunión con los más destacados vecinos, entre los que se encuentra Candiotti, cada cual contribuye con lo que puede, aceptando sin vacilación las funciones que se les asigna; pero cuando el Gobernador ofrece a Candiotti el cargo de Alcalde para el próximo año, éste, recordando lo acaecido en su desempeño anterior, contesta: "Alcalde yo?, no señor, no quiero saber nada", y anuncia su viaje a Buenos Aires por razones de negocios y no estar dispuesto a ser Alcalde a menos que su pueblo lo disponga, por ser en esos casos obligatoria su aceptación.

Coincide este viaje a Buenos Aires, con el nombramiento de Belgrano para Secretario Vitalicio del Consulado creado por Cédula Real y de cuya función esperan mucho los habitantes del interior. A esto parece obedecer su viaje, para ver si es probable la realización de esas esperanzas; pero su desilusión es casi inmediata; pues, el mismo Secretario con quien ha contraído una estrecha amistad, le manifiesta: que con los elementos que se han nombrado para secundarlo poca cosa hará; desde que el Consulado responderá sólo a los intereses de un grupo de privilegiados comerciantes españoles, que constituyen la mayoría.

Comprobado esto, se vuelve a Santa Fe dispuesto a reanudar sus viajes al Norte; pero lo sorprende a su llegada su elección de Alcalde de Primer Voto; cargo que asume el 1º de enero de 1795. Gastañaduy que desea cumplir fielmente su promesa de combatir a los indios para reducirlos, necesita para organizar su expedición, caballos, novillos y sobre todo dinero; para lo cual, está pronto el Alcalde, trayendo de sus estancias los animales necesarios y de sus arcas, buena cantidad de dinero.

Esta vez desempeña con entusiasmo su nuevo cargo, porque el Gobernador cumple su promesa; pero pocos días después de su estreno, el día 7 de Enero recibe una comunicación del Virrey Arredondo, nom-

brándolo Diputado de Comercio en el Tribunal del Consulado. Candiotti se subleva ante esa designación, “porque supone que en Buenos Aires lo quieren engatusar con el cuento del progreso del interior, prestándose de instrumento de los monopolistas españoles; entonces Gastañaduy que nada puede contra el Alcalde y supone de él una contestación airada, le pide que si no quiere ir a Buenos Aires, por lo menos no haga escándalo”.

Se da largas al asunto y a pedido expresivo del Gobernador, Candiotti no declina su cargo de Diputado; pero no concurre a las sesiones a pesar de las reiteradas citaciones y para no complicar las gestiones del Gobernador, pide licencia para abandonar Santa Fe, delegando sus funciones en quien corresponda.

Nadie sabe donde se encuentra; pero un mes después el Cabildo toma nota de una comunicación que le remite, refiriéndose a otra del Consulado, por la que le pide informe sobre el estado de la Agricultura, Comercio e Industrias de Santa Fe. No hay forma de que transija con Buenos Aires el Príncipe de los Gauchos, no acepta que lo dominen los monopolistas porteños. Colabora en cuanto puede, da siempre lo que le piden, aconseja y trabaja; pero cuando le hablan de ocupar la Diputación, responde que no quiere; pues “un favor les hago con mandar a otro”, aludiendo al Teniente que lo representa en Buenos Aires.

El alzamiento del Gaucho, termina por fastidiar a la gente de Buenos Aires y el mismo Virrey Arredondo, no pudiendo tolerar la arrogancia con que el provinciano lo desafía, dirige al Cabildo de Santa Fe una enérgica comunicación sobre las obligaciones del Diputado. La respuesta de Candiotti a esa comunicación es, montar a caballo y dirigirse a Salta conduciendo una tropa de ganado; no sin encomendar antes al Síndico Procurador Don José Teodoro de Larramendi, la redacción del informe solicitado por el Consulado para “restregárselos por las narices a los porteños” (Actas del Cabildo de Santa Fe).

Mantiene su cargo de Diputado por renovado nombramiento, desde 1794 a 1796, desde el que luchó intensamente por el progreso de su terruño, sin poder conseguir nada de lo que aspiraba para su provincia natal. En ese mismo sentido de lucha ha desempeñado el cargo de Alcalde de Primer Voto durante los años 1781-85-94-95-96-1805 y 1813; pero como él no comulga con el Gobierno Central por su falta de atención a las provincias, poco se preocupa, fuera de los cargos que benefician a la administración y comercio provincial; los que desempeña con toda lealtad y buen criterio, interviniendo muy poco en la política general del país.

El alzamiento de Candiotti no es un capricho ni pretensión de

hacer valer derechos de mando; es la enérgica postura de quien no quiere representar a su pueblo, ante los que no han de hacerle caso. Pero el 16 de junio de ese año, de regreso de su viaje de Salta, que verificó con la anuencia del Cabildo, retorna también a sus funciones y desde ese día hasta el 18 de agosto, trabaja con Larramendi y otros Cabilantes, en la confección del informe solicitado de Buenos Aires porque desea ser él quien lo presente ante el Virrey y los monopolistas del Consulado, “por si les da vergüenza al saber lo que pasa en Santa Fe”.

El informe de Larramendi que Candioti lleva a Buenos Aires, dice Cervera, “es un documento histórico inapreciable” pues describe con lujo de detalles el verdadero estado del comercio y la industria, como el abandono de la campaña; abogando en él insistentemente por la reapertura del Puerto, que es vital para Santa Fe y a que tiene derecho esa generosa provincia, que durante más de doscientos años, no ha dejado de contribuir con su mejor juventud en la guerra contra el salvaje, para llevar cada vez más lejos las fronteras de la vida blanca; por lo cual los santafesinos siempre han bregado por tener su gobierno propio y su autonomía.

Los santafesinos no son separatistas, por el contrario, desean la autonomía de su provincia, como también una patria grande, libre y con igualdad de derechos para todos. Pero este malestar es absorbido desde los primeros días de julio de 1806, por un propio del Virrey Sobremonte enviado al Cabildo de Santa Fe desde la Cañada de la Cruz, dando cuenta que Buenos Aires ha caído en poder de los ingleses y que él se dirige hacia Córdoba, donde piensa establecer interinamente, la Capital del Virreinato; pidiendo al Teniente Gobernador, instruya al Cabildo para que demuestre su fidelidad al Rey, etc.

Santa Fe, siempre patriota, se dispone a luchar contra el invasor, olvidando los perjuicios ocasionados por el Gobierno Central y sin nuevas noticias se reúnen para organizar la ayuda y la defensa. Candioti que es el más ofendido por el Gobierno de Buenos Aires, es de los primeros en reconocer, que ante todo es obligación de los criollos arrojar del país al invasor y en tal sentido fue uno de los mayores contribuyentes en dinero y otros elementos.

Mientras el Cabildo y los principales vecinos organizan la ayuda y la defensa, los santafesinos marchan hacia Córdoba para ponerse a las órdenes de Sobremonte a quien no lo creen tan culpable como resulta ser. Luego parten también hacia Buenos Aires a combatir a los invasores; pues Santa Fe en ninguna época de su historia dejó de cooperar con los otros argentinos en defensa de la patria. Todo lo que se hace saber a Sobremonte quien recibe complacido esa comuni-

cación, disponiendo algunas medidas, que pronto resultan innecesarias, por la acción victoriosa de Liniers.

La segunda invasión inglesa no los toma desprevenidos e igualmente se baten al lado de Sobremonte en Montevideo y de Liniers en Buenos Aires y más tarde cuando circula el rumor de que puede producirse una nueva invasión y el Gobierno Central pide ayuda a las provincias, Santa Fe como siempre está lista para ofrecer su concurso pecuniario y de hombres a pesar de su estado precario financiero.

Desaparecido el peligro, Buenos Aires reinicia su vida de trabajo, porque es una ciudad rica y fuerte; pero la experiencia adquirida por los criollos en sus luchas recientes, les ha demostrado su capacidad para gobernarse solos y porque algo se despierta en ese Virreinato que ya no puede mantener su autoridad.

Candioti, que después de lo sucedido es nuevamente Alcalde en 1809, se traslada a Buenos Aires con el fin de conseguir ayuda para su provincia y poder palpar de cerca, esa situación; pero se encuentra con que no es posible esperar ninguna ayuda debido a la anarquía existente, por la oposición de los Españoles al gobierno de Liniers y porque se ha producido un serio entredicho entre las autoridades de Montevideo y Buenos Aires, que puede degenerar en un conflicto armado.

A raíz de esto se queda en Buenos Aires porque le interesa el conflicto de rebelión de los criollos y cuando se entera que su amigo Belgrano participa en él, resuelve visitarlo; pues si Belgrano que pertenece a los hombres de Mayo empieza a luchar por un gobierno propio, Candioti que en su vida no ha hecho otra cosa por la autonomía de Santa Fe, se entrevista frecuentemente con él, para considerar la situación o para conspirar.

Regresa a Santa Fe lamentando que nuevamente se le ha negado ayuda y cuando lo interrogan al respecto, dice: “que hay que tener paciencia, ellos tampoco pueden hacer nada; pero pronto se arreglará todo”, sin hacer otro comentario.

Esa actitud de reserva del Alcalde, provoca un rozamiento con el Gobernador y luego con los Cabildantes quienes al solidarizarse con Candioti, chocan también con Gastañaduy, que se previene acuartelando las tropas y reforzando las guardias; porque gente que llega de la campaña asegura que en las estancias se reúnen hombres armados y que en las casas de la ciudad se celebran reuniones subversivas.

El nuevo Virrey Cisneros llega a Buenos Aires en julio de 1809 y

va en marzo anterior se decía que estaba sublevada Santa Fe y que el 20 de ese mes el Cabildo de Buenos Aires había enviado tropas que llegaron al río Colastine, a las puertas de la ciudad, con el pretexto de guardar el río Paraná contra alguna incursión portuguesa desde Montevideo; declaraba el Virrey anterior, que no había enviado esas tropas por desconfianza del Cabildo de Santa Fe o su pueblo, sino para informarse de los rumores circulantes.

Se inicia el sumario por estos hechos, que termina con la libertad de José Toribio Villalba, sindicado como autor de esa supuesta conspiración; que no ha sido de mucha importancia según el Gobernador Gastañaduy, quien en su nota dice: “que sólo eran incitaciones para desconocer al Rey y sus representantes y para que se formara una Junta Gubernativa que, evitando intromisiones extrañas, se procurase una independencia bajo la protección que se mire más conveniente”. Más tarde sí, se materializa esta intentona.

Sin embargo la defensa de su intervención es muy sugestiva; pues conocía, dice, lo que pasaba y en la reunión del Cabildo del 4 de diciembre en que se protesta de ilusorias inculpaciones al Alcalde de Primer Voto señor Candiotti, “no sólo defiende el proceder del Cabildo y Ciudad, y acepta como justa la libertad del sindicado Villalba; sino que declara, que según se vocifera era Candiotti el principal organizador de la supuesta conspiración; vindicando su honor tan gravemente ofendido, dada su hombría de bien, buen nombre y reputación que en su favor señala como presupuesto de fidelidad de buenos vasallos, los elementos poderosos e irrechazables que destruyen tan horrenda imputación”.

Que Candiotti por su influencia personal y la de Alcalde de Primer Voto tuvo alguna intervención en ello, nada tendría de raro, como se deduce de la lectura atenta de los documentos existentes; pero esta situación se aclara al conocerse la revolución de Buenos Aires del 25 de mayo de 1810, que el pueblo aclama con entusiasmo, solicitando a la Junta Gubernativa provisional de Buenos Aires, nombre como Gobernador de Santa Fe al vecino más apto, entonces Don Francisco Antonio Candiotti; excusándose la Junta, por haber designado ya al Coronel Manuel Ruiz; lo que produce una ruidosa protesta del vecindario, por tener el derecho de elegir a quien los mande. Protesta ésta, dice Cervera “que nos da conocimiento de ese sentimiento democrático local y de costumbre, base de ideas federativas y de unión, que siempre se le desconocieron a ese vecindario o no se comprendieron”.

De esos documentos se deduce el prestigio local de Candiotti; su popularidad, su condición de verdadero patriarca de Santa Fe, al so-

licitarse por aclamación su nombramiento de Gobernador; lo que no se pudo conseguir, debido a que la Junta tenía un plan trazado sobre estas provincias, para que según su criterio respondieran a las tendencias y previsiones establecidas para el buen resultado del movimiento revolucionario de Mayo.

Si Candiotti no fue un político activo, fue en cambio un verdadero patriota en defensa de su terruño y de la Nación Argentina; pues recién llegado de uno de sus viajes al exterior y enterado de estos sucesos, es él quien ofrece con más entusiasmo al Presidente de la Junta, toda clase de ayuda y dice: "para afianzar las ideas y miras de V. E. y de la Ecma. Junta, cuyas sabias y prudentes determinaciones serán ciegamente obedecidas por mí". También fue él quien a la llegada de Belgrano a Santa Fe, de quien era gran amigo, le ofrece toda clase de auxilios, para el buen éxito de su expedición al Paraguay.

A raíz de ese acontecimiento, la Primera Junta propala a todo viento su constitución y los propósitos que animan a los hombres de Mayo y resuelve auxiliar con fuerzas armadas a los pueblos patriotas de la Banda Oriental que se pronunciaron en contra de Montevideo, fuerte resistencia de la reacción española y con fecha 4 de setiembre de 1810, designa a uno de sus Vocales, el Doctor Manuel Belgrano, Comandante en Jefe de las Fuerzas destinadas a ese fin.

Pero como Velazco del Paraguay ,repudia el movimiento y desconoce a la Junta, mientras que el guatemalteco Gobernador de Misiones ya se había plegado a la revolución de Mayo de cuyas autoridades recibía órdenes, la Junta considera que el Paraguay debe ser uno de los objetivos más importantes e inmediatos, ante el fracaso de las gestiones diplomáticas y antes que Belgrano se ponga en marcha, amplía sus facultades y dispone se dirija al Paraguay; sin que esto signifique un renunciamiento a su primer objetivo.

El primero de octubre, Belgrano llegó a Santa Fe, para pasar luego a Paraná, donde piensa organizar su pequeño ejército.

Para no causar gastos a ningún particular, como él dice, se aloja en el Convento de Santo Domingo, del que era Prior Fray José Ramón Grella, hermano de Fray José Ignacio, Cabildante del 22 de Mayo; desde donde, según la Historia de Santa Fe, de L. Gianella, hizo saber a los habitantes de la ciudad, que necesitaba ayuda de soldados y toda clase de elementos.

Comunica en seguida a la Junta haber aceptado la colaboración de Don Francisco Andreu y Colobran; como así, las de los dos Hermanos Terceros Dominicos: Don Francisco Antonio Candiotti y Doña Gregoria Perez de Denis, quienes ponen sus cuantiosos bienes a disposi-

ción de Belgrano. Candiotti —dice el historiador—, el hombre más rico del Litoral, es el primer ciudadano santafesino que acude al llamado del jefe patriota: sus palabras revelan gran corazón: “Disponga de todo lo que tengo, General, aquí y en mis Estancias de Entre Ríos” hasta donde lo acompañará para entregarle 1350 de sus mejores caballos, como aquel que llamó la atención de Robertson; además todo el ganado que sea necesario para mantener el ejército durante el viaje, como también, 12 carretas con su boyada correspondiente, peones, etc., para conducir las y una partida de yerba. Además Santa Fe incorpora al ejército de Belgrano una Compañía de Blandengues.

Belgrano que no dispone de buenos mapas y desconoce el camino de su derrotero, dice: “haber comisionado a Don Félix Aldao, sobrino de Candiotti, para recoger los donativos de caballos, etc., en Entre Ríos y también lo llevo conmigo, por el conocimiento práctico del territorio, del que estoy en ayunas”. En tales circunstancias, resuelve también aceptar el ofrecimiento de Candiotti, de acompañarlo hasta la última de sus estancias de Entre Ríos; como también acepta la ayuda de Don José Alberto Calcena y Echeverría, hacendado de la costa del río Mocoretá, quien además de ofrecerle el ganado necesario, le insinuó el camino que debía seguir.

Además, de los baqueanos ofrecidos por Candiotti, utilizó los servicios de aquel personaje de leyenda, el Baqueano Rastreador, de quien ha dicho Sarmiento en su Facundo: “es el topógrafo más completo, es el único mapa que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña” que le prestó grandes servicios en esa campaña. Entre tanto en Santa Fe se clamaba por el nombramiento de Candiotti para Gobernador; pero la Junta, contra la voluntad del pueblo santafesino, les impone como Gobernador, al Jefe del Regimiento de Negros de Buenos Aires, el Coronel Español Manuel Ruiz; lo que constituye un imperdonable error de la Junta; pues no desconocía el prestigio que asistía a Candiotti para el cargo.

El Cabildo tuvo que entregarle el mando; pero pronto se dio cuenta junto con el vecindario de que, si Ruiz había sido un buen Jefe de los Negros que pelearon contra los ingleses, como Gobernador era un desastre; pues su inepticia, resucitó, entre otras penurias, los malones de indios; por lo cual el historiador santafesino Lasaga lo calificó de arbitrario y mandón, etc.

Luego de reemplazado Ruiz, le suceden en la Gobernación, cuatro Coroneles, todos ellos contra la voluntad y sentimientos unánimes de los vecinos más espectables y del pueblo, que quieren ser gobernados por su patriarca; colmando su paciencia las medidas arbitrarias y descabelladas y, la extorsión del nuevo Gobernador Montes de Oca. El

pueblo en pleno se dirige a la casa de Candiotti, para proponerle una sublevación contra Montes de Oca y los porteños; porque dicen: "si antes mandaban los tiranos, hoy lo hacen los ladrones".

A la casa del patriarca, concurren los vecinos revolucionarios para cambiar impresiones con él, respecto a la organización de la resistencia y por primera vez lo encuentran resuelto a dejar la prudencia y valerse de las armas, si no puede salvarse la provincia en otra forma.

Todo está bien organizado; pero en esos días, recibe una carta de Belgrano, desde la Quebrada de Humahuaca, que lo torna desalentado y la entrega para que la lean; dice así: "Mi amigo: no conseguí victoria en Vilcapugio, un contraste, sí, que aunque no destruidor, todavía me dejó capaz de una otra acción, (no sé porque se miente tanto, pues yo hablo siempre la verdad) en fin, que fue en las Pampas de Ayohuma; el contraste ha sido terrible y necesitamos mucho para repornos. Por fortuna los pueblos han tomado con empeño rehacer el ejército y veo el mayor anhelo para la salvación de la Patria. Necesito caballos y mulas mansas en cantidad de cuatro a seis mil, por mitad unos y otros; si Vd. quiere entrar en ese contrato con el Ejército y conducirlos al punto que sea necesario, a saber: Tucumán, Salta o Jujuy, no sólo hará Vd. un gran servicio a la Patria, sino a mí también, advirtiéndole que los satisfaré a los precios corrientes. Espero que Vd. haga todo esfuerzo y tome con empeño que consiga este auxilio, seguro de mi agradecimiento; acaso Vd. no pueda solo y en tal caso propóngale a otros, en la inteligencia de que la paga será efectiva y pronta. Quiera Vd. volver las expresiones a su digna familia y amigos y mandar francamente a su servidor. Manuel Belgrano. Humahuaca 15 de diciembre de 1813.— Señor Antonio Candiotti, Santa Fe".(1)

La actitud de Candiotti es como siempre espontánea, como así la del vecindario, porque Santa Fe lo quiere a Belgrano y la Patria está en peligro. Resuelve inmediatamente se reúnan los animales y dinero que se les pide; siendo también en este caso, el mayor contribuyente. Este desprendimiento de Candiotti, dice Sarmiento "después de haber perdido en Lima 600.000 pesos oro por embargo y apoderamiento decretado por el Virrey Abascal, de todos los bienes que poseía en el Virreinato del Perú, lo recuerda Belgrano desde la Quebrada de Humahuaca, como de verdadero patriota, después de los apuros que tuvo en Vilcapugio y Ayohuma, en que recurre al amigo en la carta del 15 de diciembre de 1815, por considerarlo el único capaz de ayudarlo; significándole, que no descorazonado por esos desastres, procura rehacer su ejército, para la salvación de la Patria; para lo que le solicita caballos y mulas mansas".

(1) Carta en poder de la familia Iriondo.

Los 70 años dice Newton: “no doblegan al Príncipe de los Gauchos que todavía monta ágilmente a caballo; pero cuando sus amigos se enteran que él personalmente quiere llevar su auxilio a Belgrano a la Quebrada de Humahuaca, lo aconsejan mandar a uno de sus arrieros, que es gente de confianza; a lo que contesta con gesto airado: “¿Arrieros? y para qué sirvo yo si no puedo ir a donde la Patria me llama y el amigo me necesita?”

Los vecinos que estaban dispuestos a luchar contra el poder Central, deponen su actitud y comienzan a reunir caballos y mulas, pero como los que han juntado son pocos, y malos, Candiotti se dirige a su estancia de Arroyo Hondo, regresando con quinientas mulas mansas y elegidas, que con las ya obtenidas, suman más de mil; quedando así listo el primer arreo en enero de 1814; al que seguirían otros más numerosos si fuere necesario.

Cuando se dispone a marchar, uno de sus arrieros, el de mayor confianza, le dice: “Ñor Candiotti, no salga, que los indios se han sublevado”. La información es exacta; pero Candiotti como si no la hubiera oído, monta a caballo y dirigiéndose a su peones, ordena: “abran la marcha”.

La casualidad o más bien su prestigio, probado otras veces con los indios, que con seguridad ya conocían los preparativos, porque nada se les escapaba en esas circunstancias, probablemente detiene a la indiada alzada y nadie le sale al paso. Así, en los primeros días de febrero entra en la ciudad de Tucumán al frente de su arreo, el caballero anciano más apuesto y lujosamente equipado que se ha visto en la comarca.

Su amigo Belgrano se encuentra en la ciudad; pero tristemente comprueba, que no como General en Jefe del Ejército del Norte, sino como simple subalterno y procesado por su Gobierno. Candiotti que ha recorrido más de 200 leguas, se enfrenta al cuadro más desolador: la tristeza de un hombre sin tachas, que quieren humillar y a quien debieran guardar suma gratitud. La historia nos cuenta de este lamentable tropiezo del más noble patriota de nuestra gesta emancipadora.

El efecto producido en el anciano amigo por este hecho, fue desastroso; ni siquiera entra en Santa Fe a su regreso, pasa de largo a su estancia de Arroyo Hondo donde se recluye desengañado y sin querer hablar con nadie. Difícil sería explicar el estado de ánimo de ese hombre pura lealtad y abnegación para la patria, sus amigos y su pueblo. Esta enorme decepción y la vejez, lo torna triste y nada comunicativo; dedicado a sus tareas de campo y aparejando siempre sus troppillas de caballos bayos cabos negros, que son su debilidad y orgullo de buen gaucho.

No quiere asistir al derrocamiento del Gobernador Montes de Oca de funesta actuación para Santa Fe; quien fue reemplazado por el Coronel Alvarez Thomas, bajo la protesta silenciosa del pueblo santafesino, porque en lugar de nombrar al Gobernador que hace años reclaman, después de soportar un español y varios porteños, todavía le nombran un peruano.

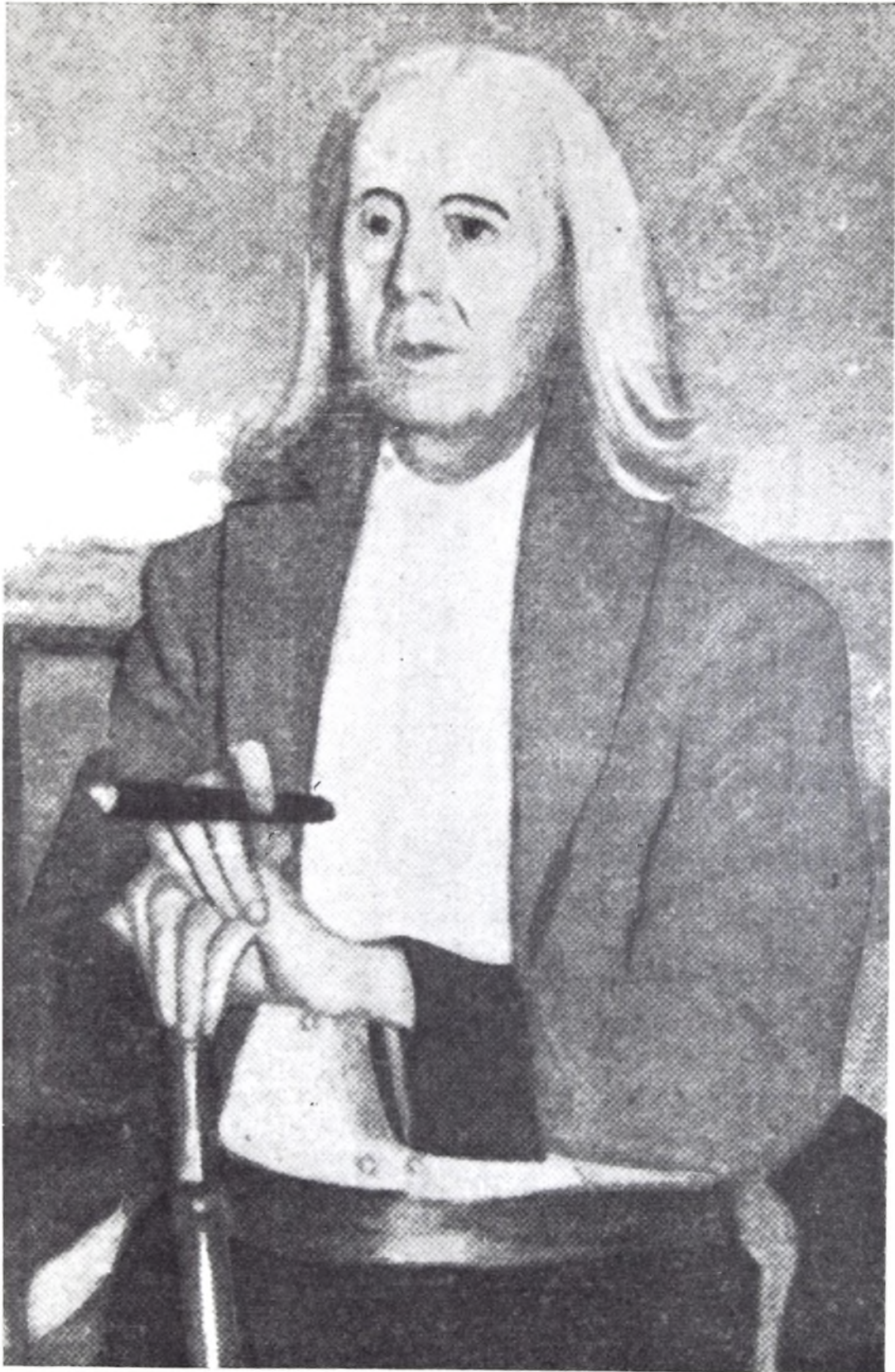
Si la actuación de Candiotti fue buena o mala, no se puede aseverar; su política consistió en tratar de conseguir la armonía y la autonomía de Santa Fe; pero a raíz de órdenes emanadas de Buenos Aires de organizar una fuerza para luchar contra el caudillo Hereñú de Entre Ríos, los santafesinos le niegan su apoyo; pues el poderío de Artigas se extiende rápidamente hacia el litoral y Candiotti que es amigo de Artigas, que no interviene en los asuntos de Santa Fe, sostiene que esa política puede ser de graves consecuencias y trata de prevenirlas negándose a toda colaboración con Alvarez Thomas.

El Director Posadas ordena que se cruce el Paraná y se derrote al lugarteniente de Artigas que domina Entre Ríos; para lo cual designa al Barón Holmberg, quien con fuerzas de Buenos Aires ataca a Hereñú, que lo derrota en un breve combate y lo hace prisionero, etc.

La derrota de Holmberg provocó la caída de Alvarez Thomas, que fue sustituido por el Coronel Díaz Vélez; quien repite lo que han hecho sus antecesores. La conducta de este Gobernador especialmente de sus tropas, que no las contiene en su salvajismo, para con los vecinos de Santa Fe y el avance de los indios, subleva al pueblo que reunido en número de 200 vecinos encabezados por Candiotti y Antonio Vera, exigen que se preste ayuda al Doctor Andino, que encerrado en su quinta con sus peones, está resistiendo el cerco establecido por los indios; a lo que contesta Díaz Vélez: "ya se irán los indios cuando se cansen, pues las tropas las necesito para pelear contra Hereñú y Artigas", pero luego comprende que esa reacción del pueblo no conviene desafiarla y ordena al Teniente Larraye que marche con cuarenta infantes a batir los indios. Esta fuerza se une a cien jinetes al mando de Antonio Vera, que derrotan a los indios y como Larraye se niega a perseguirlos, lo hace Vera, quitándoles la mayor parte de la hacienda que se llevan.

Como los indios al poco tiempo vuelven con sus depredaciones, sin que Díaz Vélez haga nada, demuestra con esto que la política de Buenos Aires es sistemática para arruinar a Santa Fe; por lo cual se produce el rompimiento con el gobierno; que seguirá gobernando mientras tenga fuerzas.

Candiotti desaparece de la ciudad sin que nadie sepa donde se



Francisco Antonio Candiotti.
Primer Gobernador Independiente de Santa Fe (1815).

encuentra a pesar de las insistentes llamadas de Díaz Vélez, que supone que algo grave está pasando. Le sigue a esto una calma poco acostumbrada que engaña al Gobernador respecto de su verdadero significado. Después de unos días Candiotti se presenta espontáneamente y cuando lo interroga para conocer la causa de su ausencia, le contesta muy serio: "lo urgente es combatir a los indios o aceptar que los santafesinos traten con quienes sean capaces de ayudarlos con ese fin", a lo que Díaz Vélez se niega nuevamente, diciendo: "que no puede ocupar su gente en perseguir a ladrones de vacas"; con esa actitud, sin darse cuenta, ha sellado la enemistad de Santa Fe con el Gobierno Central.

Según algunos historiadores, negado por otros, parece que Candiotti muy amigo de Artigas, le solicitó ayuda contra las tropas de Buenos Aires y éste ordena a Hereñú que cruce el Paraná en ayuda de Santa Fe; en cumplimiento de esta orden Hereñú llega a Santa Fe con 400 hombres a los que se le agregan algunos vecinos y el hermano de Artigas.

Díaz Vélez, después del fracaso de la entrevista de su enviado Don Francisco Tarragona, para tratar un entendimiento con Hereñú sabiendo que nada o muy poco puede esperar de los santafesinos que siguen conspirando activamente, se considera incapaz de resistir, aunque lo intenta. Hace llamar a Candiotti y solo con él, se entrevistan con Hereñú a quien le ofrece la entrega del poder y retirarse. Así lo hizo y el Cabildo el 2 de abril, designa a Candiotti gobernador provisorio; nombramiento que fue ruidosamente festejado por el pueblo, quien lo ratificó el día 26 del mismo mes, en Asamblea pública y por aclamación.

El flamante Gobernador enarbola en el Cabildo la bandera de la libertad de Artigas, que es la argentina de Belgrano, cruzada en diagonal por una franja roja, de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo.

Artigas llega a Santa Fe el 14 de ese mes, permaneciendo hasta el 23 o 27, para consolidar la situación; pero no pierde tiempo, hace llamar a varios caciques indios que los halaga para reorganizar sus tropas llegadas con Hereñú y su hermano Manuel y sin participar al Gobernador y ante la sorpresa de todos, Hereñú parte con esa tropa para San Nicolás, de donde regresa rápidamente porque con esa fuerza no puede intentar la invasión de Buenos Aires.

Esta intentona nada agrada a Santa Fe; y como Artigas solicita ayuda de Candiotti para sus planes, éste se la niega, ofreciéndole mantener buenas relaciones, pero reclamando independencia y haciéndole notar: "que así como el pueblo lo aclamó, puede también desafiarlo".

El Gobernador que tanto había anhelado el pueblo, lleno de acha-

ques por su edad y enfermo, la primera medida que dicta al hacerse cargo del poder, es la de contener a la indiana alzada y establecer diversos fortines de defensa; pero lo que más lo preocupa y teme, es una reacción de Buenos Aires, sobre todo por la ayuda prestada por el Jefe Oriental; por ello, se decide a organizar fuerzas armadas para la defensa; consiguiendo ésto en parte, al requisar un cargamento de armas al pasar por el puerto de Santa Fe, que conducía su amigo Robertson al Paraguay, por encargo del tirano Francia.

Dice Robertson: “que halló a su amigo Candiotti, Gobernador de Santa Fe, acosado por un lado por los indios y por otro hostigado por la disputa civil; por lo que procedió a retener las armas de fuego que llegaban tan oportunamente; dejándole pasar los sables, porque tenía muchos, como así las demás mercaderías. En vano discutimos, porque muy amablemente me dijo: ‘que la propia conservación es la primera ley de la naturaleza y que por cumplirla hemos de detener estos mosquetes y aquí tiene en pesos sonantes el valor de las municiones y mosquetes’; pagándole así el precio con esplendidez y extendiéndole un prolijo documento a fin de demostrar al tirano, que sólo por la coacción, se vio obligado a entregarlas”.

Esta prevención del Gobernador era bien justificada; por cuanto el General Alvear, que sucedió como Director Supremo a Posadas, era considerado allí como arbitrario y pretencioso; pues amenazaba con la muerte a Cabildantes y vecinos que no se sometieran a sus disposiciones.

Derrotado Alvear, el nuevo Director Coronel Alvarez Thomas, suplente de Rondeau, por enfermedad, rompe su pacto con Artigas y con el pretexto de ayuda solicitada por intermedio de Mariano Vera, para evitar las invasiones de indios, pero con el evidente objeto de cerrar el paso del Paraná a las fuerzas de Artigas, envía tropas a Santa Fe, bajo el título de Ejército de Observación, como dice el General Mitre, al mando del Coronel J. J. Viamonte y algunos buques de guerra.

Quizás el verdadero motivo de esa expedición, fue el Congreso convocado por Artigas en Concepción del Uruguay, al que concurrieron representantes de Santa Fe, Córdoba, Corrientes y el Uruguay, etc.

El 27 de junio, el pueblo de Santa Fe es sorprendido por la noticia de que su patriarca y Gobernador acaba de delegar el mando, en el Alcalde de Primer Voto, Don Pedro Tomás de Larrechea, porque se encuentra muy enfermo. El vecindario que cree que el Alcalde simpatiza con el Gobierno de Buenos Aires, se niega a obedecerle como Gobernador aunque sea interino y se reúne en la plaza gritando “que si Candiotti está enfermo, que gobierne desde la cama”.

Es tan resuelta la actitud del pueblo, que el Cabildo rechaza la renuncia del Príncipe de los Gauchos; conviniendo que el interinato de Larrechea sea ejercido en consulta permanente con el enfermo. El Director Alvarez Thomas quien de inmediato se pone en contacto con Larrechea y con otros amigos de la ciudad de cuando él fue Gobernador, les promete, que "si se separaban de la protección de Artigas y le permitían tener tropas en esa ciudad, para impedir la acción de Artigas contra Buenos Aires, reconocería la independencia de la Provincia y al Gobierno que eligiese y la protegería también contra los indios, para asegurar la campaña". La tentadora oferta fue aceptada, pero teniendo buen cuidado de no enterarlo de ello a Candiotti.

Cuando el Director avisó a Candiotti del envío de tropas que iba a hacer a Santa Fe, éste contestó en términos enérgicos oponiéndose a esa medida cuyos resultados podían ser funestos, de los que él no podía responder. Última carta de Candiotti enviada al Director Alvarez Thomas, en defensa de la autonomía de Santa Fe (fecha el 28 julio de 1815).

El 27 de agosto de 1815, el pueblo entero de Santa Fe se aglomera frente a la casa de Candiotti, al conocerse la noticia de la muerte del Príncipe de los Gauchos. Al día siguiente el pueblo entero llorando esa pérdida irreparable para Santa Fe conduce su ataúd hasta la iglesia de Santo Domingo; mientras que las tropas invasoras de Viamonte, que si el patriarca hubiera tenido energías habría luchado contra ellas, antes de avasallar la autonomía de su provincia, le rinden los honores correspondientes a Gobernador.

El cortejo fúnebre sigue en silencio la misa de cuerpo presente rezada por los Dominicos y la sepultura de su cuerpo al pie del Altar Mayor de la iglesia. Luego el descanso eterno de esa alma de hombre que no conoció el cansancio en la intensa tarea de gran propulsor de la ganadería y en menor escala de la agricultura de la provincia, como también de la economía general de la Nación, durante toda su agitada vida de hombre gaucho pero culto, humanitario, demócrata de verdad, federalista íntegro y consejero patriarcal de su pueblo, para el que su obra social fue también sobresaliente.

Si no fué eminente en la función pública, como en su fugaz Gobernación de la Provincia, por la política central de la época, que él calificó de destructiva para la autonomía de las Provincias, fue, sin embargo, un gran patriota en todo sentido al no negar jamás su ayuda a quien la solicitara; teniendo sólo en cuenta el bien común de su pueblo y el de la Nación.

Así, este hombre que dominó el desierto, sus pampas, bosques y montañas, que organizó y pobló grandes Estancias, que estableció la ruta comercial más segura entre el litoral del país y las Naciones limítrofes, como también otros grandes beneficios para las Provincias Unidas del Río de la Plata, que mantuvo siempre como obsesión la autonomía de su terruño, recibió con el motín de su pueblo que lo eligió y lo aclamó Gobernador de su Provincia hasta su muerte, el sincero homenaje que merecía esa existencia de sacrificios sin fin.

